

1

Primero que nada, el cielo se oscurece.  
—Pues claro.

—Después surgen del suelo y, si tú perteneces a un tipo concreto de persona, tiran de ti y te arrastran hacia abajo, donde tu cuerpo se consume.

Llegaron a la verja del establo, Kate la abrió y dejó que su hermano pasara delante.

—Y me parece que tú eres de ese tipo concreto de persona —dijo él.

Kate corrió el cerrojo y él echó a correr, con las botas chapoteando en el barro. Ella lo siguió caminando tranquilamente, mientras él se agachaba ya bajo el tejado de poca altura, entraba en el cobertizo y aporreaba la vigueta de madera con la mano que tenía libre. Con once años de edad, su hermano iba como una moto desde que se levantaba. Y todo lo que veía durante aquellas primeras horas —las tumbas de las mascotas, las montañas de leña, la escarcha— se merecía una palmada.

—Pienso ordeñarlos hasta dejarlos en los huesos —les dijo Albert a las cabras—. Pienso ordeñarlos hasta matarlos.

Parecía un aprendiz de la Parca, pensó Kate, con su poncho azul marino con capucha y cargado con un cubo para recolectar nuevas almas. Entró finalmente en el cobertizo, tomó asiento en un taburete bajo junto a *Belona* —su cabra favorita, una alpina de cuatro años de edad con patas blancas y una barba negra en forma de coma—, que estaba sujeta por el cuello a la pared trasera. Cuando comía, pateaba sin cesar con las pezuñas. *Belona* era especialmente difícil por las mañanas, y eso formaba parte de su afinidad con Kate.

Albert ordeñaba sin parar de hablar.

—... y tiene una fotografía gigantesca de lo que hay en el centro del universo, que básicamente consiste en un par de ojos: dos enormes y malvados ojos...

Kate intentaba no escuchar lo que decía su hermano. Se estrujó los dedos, tiró de ellos y fue cerrándolos, desde el índice hasta el meñique, para concentrarse en el ruido de la leche al chocar contra el metal; el sonido se amortiguó poco a poco, a medida que el cubo fue llenándose. Acercó el oído al flanco de *Belona* y escuchó el gorgoteo de sus tripas. El crescendo y el declive de la respiración de la cabra.

—... y las investigaciones así lo demuestran, tendrás que despedirte de la gravedad, del tiempo, de la universalidad y...

—*Albert.*

Dejó de hablar, aunque ella sabía que su discurso continuaba, ininterrumpido, en el interior de su cabeza. Empezó a coger ritmo, a dos manos, los dedos entrando

por fin en calor. Su hermano, mientras, tocaba su cabra como si interpretara en una máquina recreativa.

—Uno a cero —dijo Albert, recogiendo el cubo y el taburete y trasladándose al otro lado del panel divisorio. Colocó un comedero delante de *Babette*, que de inmediato hundió en él la cabeza.

*Belona* empezaba a presentar batalla y sacudió espasmódicamente las patas, que repicaron contra el cubo. Kate acarició con los nudillos las borlas que colgaban de la quijada de la cabra y se inclinó para hablarle en un susurro.

—¿Qué dices?

—Nada.

—¿Estás enamorada de *Belona*? Si lo estás no pasa nada. A mamá y papá les daría igual. Se amoldan a todo. Lo único que les preocupa es que tu relación sea de amor verdadero.

*Belona* dio un puntapié y volcó el cubo..., derramando la mitad de la leche sobre el fango y la paja. Kate tensó la mandíbula.

Su hermano, a lo largo de años de recopilar palabras de los visitantes internacionales de la comunidad, había reunido todo un arsenal de insultos exóticos. Refunfuñó y acto seguido le llamó algo desagradable en bengalí.

Justo empezaba a amanecer. Olía a heno y a mierda. Las pezuñas se movían a saltitos sobre las piedras. En el exterior de la lóbrega cabaña, se oía la lluvia que continuaba cayendo en el establo y llenaba los agujeros dejados por las pisadas de las botas.

De regreso al patio, Albert vertió el contenido de su cubo en una lechera abollada. Entre las pecas de su cara se camuflaban lunares de barro y suciedad. Ella se

fijó en que en el orificio de la oreja derecha su hermano guardaba un alijo de arenilla. A menudo intentaba convencerlo de que, como alguien de la comunidad había sacado más de una vez a relucir, batallar contra los estereotipos era un deber y por lo tanto había que mantener, como ella hacía, niveles de higiene excepcionales. Pero Albert no mostraba el más mínimo interés. Disfrutaba almacenando un hedor corporal y comprobaba con regularidad sus sobacos y su prepucio —a la espera del gran día—, para inhalar luego las puntas de sus dedos igual que el sumiller que cata un reserva.

Esperó, y entonces dijo «tic», que era la señal. Él la miró, pestañeó —dijo «toc»— y echó a correr, dejando que el cubo vacío se estampara con un ruido metálico contra el ladrillo.

Rodearon la casa corriendo, derrapando en la grava, cruzaron las puertas de doble hoja, que estaban abiertas, ascendieron codo con codo la amplia escalera dejando un reguero de barro en el descansillo, un tramo más de escaleras, y entraron en el cuarto de baño que compartían. Ya era demasiado mayor para aquello, pero Kate dudaba de que su hermano fuera a lavarse si no estaba ella. Iniciaron la carrera para desnudarse.

Kate se sentó en el banco y tiró con fuerza de sus embarradas botas, se arrancó luego los calcetines. Se desbrochó los vaqueros y los dejó caer a sus pies. Albert se había arrodillado y peleaba con terquedad con los cordones, que por fin había aprendido a atar, aunque con perfección excesiva. Kate se giró de espaldas y tiró a la vez del jersey y la camiseta, dejando al descubierto tres granos maduros en medio de su torso y, a pesar de que con su postura había intentado esconderlo, y de que lle-

vaba un sujetador expresamente diseñado para reducirlo, también asomó su pecho. Albert, viendo que su hermana iba ya por la ropa interior, empujó y forcejeó como un loco, despidió de un puntapié las botas, se atrancó con la capucha al pasarla por la cabeza, como una trucha debatiéndose en el anzuelo, coleteando contra las baldosas. Kate se sentó de nuevo en el banco y, agazapándose, se despojó de las mallas térmicas y de las bragas. Su media melena tenía el color rojo de la corrosión en fase tardía, aunque en la caja lo tildaban de «vampírico». Se teñía también el vello púbico. Se desabrochó el sujetador, pasó por delante de Albert, que estaba aún peleándose con sus botas, se puso bajo la ducha y giró a estribor el grifo. La bofetada de agua arremetió contra ella. Cieno, barro y heno giraron en remolino por el desagüe siguiendo el sentido de las agujas del reloj.

—Mejor que vuelvas al velcro —dijo.

La criatura respondió en malayo.

Albert se arrancó por fin el jersey y se escabulló de pantalones y calzoncillos. Kate pestañeó ante su cuerpo flaco y blanco como la porcelana, rematado con costillas visibles, caderas afiladas como pedernales, rodillas incandescentes, polla con aspecto de globo reventado.

—Frío, frío, frío —dijo él e, incorporándose, se lanzó a la ducha.

Kate, con la elegancia de un torero, dio un paso atrás y levantó los brazos para evitar el contacto con él. Empezó a dar brincos bajo el vapor. Su carne de gallina se suavizó. El agua a sus pies cobró el color del líquido que cubre el yogur casero de Patrick.

—Tic, toc —dijo Albert—. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Un minuto, quizá menos.

La comunidad utilizaba un pequeño calentador de cuarenta litros de capacidad, activado con energía solar, que se venía abajo con facilidad y que ahora, a finales de abril, daría un rendimiento superior al esperado si cuatro personas conseguían lavarse con éxito a sus expensas. Cuando la ducha «cambiaba» —canalizando agua gélida de la montaña—, los gritos de los mochileros visitantes se oían desde el fondo del jardín. Kate y Albert sabían que solo había tiempo para los sobacos y los bajos. Nada de exfoliante, nada de acondicionador.

—No queda mucho tiempo —dijo Kate—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Albert inclinó la cabeza. Kate estrujó el bote de champú de yema de huevo y avena sobre la palma de su mano, lo espachurró sobre la coronilla de él, frotó con energía y lo dinamitó con la alcachofa de la ducha.

—Ya estás aclarado. Ahora yo. —Kate se remojó la cabeza, se echó su dosis de champú verde y lo repartió—. Tenemos un problema —dijo—. No hace espuma. Busca el de contrabando.

Escondido entre los botes de lociones y cremas hidratantes, arrinconado en un estante esquinero colgado al fondo de la ducha, Albert localizó un bote de Pantene de tamaño viaje que uno de los *woofers*\* había pasado de extranjis.

El champú se expandió esponjosamente al entrar en contacto con su cuero cabelludo. Su hermano miró ma-

---

\* Una manera coloquial de denominar a los miembros de una red que agrupa distintas organizaciones conocida como la WWOOF (World Wide Opportunities on Organic Farms) [Oportunidades de trabajo en granjas ecológicas a nivel mundial] o (Willing Workers on Organic Farms) [Trabajadores voluntarios en granjas ecológicas]. (*N. de la T.*)

ravillado la espuma vagando a la deriva por su espalda, su culo, sus piernas. Y entonces empezaron a notar el cambio de temperatura del agua.

—¿Cuánto queda? —preguntó él.

—Segundos.

Iniciaron juntos la cuenta atrás.

—Cinco, cuatro...

Kate se apresuró con los sobacos.

—... tres, dos...

Salieron casi a gatas de la ducha, ciegos por el jabón, buscando a tientas la percha, los brazos extendidos como muertos vivientes, y se abrazaron a las toallas justo en el momento en que caía la columna de hielo. Kate alargó la mano y cerró el grifo.

Se sentaron en el banco con superficie de corcho, envueltos, la toalla de Kate recogida por encima del pecho, sus espaldas generando parches de humedad en el papel pintado con estampado floral.

Al cabo de un rato, Albert extendió la toalla en el suelo del baño.

—No hagas eso Albert, por favor.

Se hizo una bola sobre la toalla, la cabeza oculta entre las rodillas. La carne de gallina reapareció en brazos y piernas.

Contó ella los dientes de su columna vertebral.

—¿Qué soy?

—Eres demasiado mayor para esto.

—¿Qué soy?

—Un pesado.

Tiritó él un poco.

—No. ¿Qué soy?

—¿Una bomba?

—No. Vuelve a intentarlo.

Para Kate, el verdadero problema estaba en aquellos momentos de *después* de la ducha. Él seguía con la conducta y el aspecto de un niño, aunque se intuía la presencia de la grasienta mano de la pubertad. Estaba absolutamente segura de que, cuando la mano se apoderara de su hermano, no querría encontrarse compartiendo el baño con él. Esta tenía que ser la última vez; no podía volver a hacerlo.

—¿Un tumor?

—Otra.

—¿Un saco de huesos?

—No.

—Una cáscara vacía.

—No señor.

—¿Un experimento fallido?

—Qué va.

Además, pensaba en lo que dirían sus compañeros de último curso de instituto si se enteraran de lo que hacía. «¿Que te enjabonas con tu hermano? ¿Es así como lo hacen en la comuna? Oscuros...».

«Que os jodan, no os atreváis a juzgarme», pensó, tomando mentalmente nota de llegar a clase cargada con aquel resentimiento. Llevaba siete meses estudiando en Gorseinon College, donde cursaba el último curso de las asignaturas de Lengua inglesa, Política, Historia y Sociología, ya que en la comunidad no había adultos que le parecieran lo bastante «especialistas» como para impartirle esas clases. Toda la escolarización anterior la había realizado en la comunidad, junto con su hermano y, como solía suceder con los niños que estudiaban en casa, ambos iban considerablemente por delante, a nivel académico,

de sus colegas que cursaban estudios en la escuela pública. Kate había llegado al instituto con la expectativa de que aquello estaría repleto de depredadores sexuales y zoquetes que odiaban la inteligencia y, como consecuencia, apenas había cruzado palabra con nadie. Su primer trimestre se había caracterizado por desplazarse a toda velocidad de aula en aula con cara de miedo, llevarse de casa fiambreras repletas de intimidadoras comidas vegetarianas y trabajar *muy* duro. Como consecuencia de eso, tampoco nadie hablaba con ella. A principios del segundo trimestre había recibido ofertas sujetas a condiciones de las universidades de Cambridge y de Edimburgo y otra en firme de Leeds, todas las cuales venían a confirmar su creencia de que había hecho bien no haciendo amistades. La desventaja era que en realidad no tenía a nadie a quien decirle: «Que os jodan, no os atreváis a juzgarme».

—Oh no, espera —dijo Kate, fingiendo que le daba una chupada a una pipa—. ¿Eres... una roca? —Siempre era una roca. Su hermano no dijo nada. No le gustaba que lo adivinara enseguida.

—Está bien. ¿Eres el último ser humano?

—Todavía no.

—¿O eres una roca?

—¡Sí! —dijo él, y se incorporó levantando los brazos, con los pezones como un par de pecas—. ¡Soy una roca! Ella cogió la toalla del suelo y lo tapó.

—Estupendo. Y ahora salgamos.

Albert abrió la puerta y salió corriendo al pasillo. Ella se cubrió con el camisón y atacó su pelo con la toalla. Detrás de la puerta contigua, la habitación de sus padres, se oía un «tuc. tuc. tuc». Sabía lo que significaba: la comunidad acababa de celebrar una de sus jornadas de puertas

abiertas para reclutar nuevos miembros. En esas ocasiones, la granja se inundaba de todo tipo de peregrinos perdidos y optimistas, además de, con bastante frecuencia, algún que otro periodista «camuflado» que se hacía pasar por maestro de escuela primaria. Para ser miembro de la comunidad de pleno derecho tenías que realizar trabajos voluntarios (y llevar a cabo tareas de mierda: limpiar herramientas, remover el estiércol, escardar hasta el infinito), someterte luego a una breve entrevista inicial que, en caso de ser superada, iba seguida por una estancia mínima de dos semanas en la comunidad (seis era lo recomendado), realizar después una pausa de al menos un mes a modo de periodo de reflexión, y luego superar otra entrevista más en profundidad para decidir si realmente encajabas o no como miembro de pleno derecho. Era un indudable subidón de poder para el jurado, y muy especialmente para el padre de Kate, Don Riley, que, resentido aún por la entrevista que no logró superar en Oxford con dieciocho años de edad, disfrutaba maquinando preguntas.

P: Se produce un corte de luz y hace frío, tanto dentro como fuera, ¿cómo secarías la ropa?

(R: Montando un tendedero en el interior de los túneles de polietileno de los invernaderos).

Arlo Mela era famoso por haber sido la única persona que, después de haber realizado sofisticadas promesas culinarias en el transcurso de su entrevista, había elaborado, tal y como prometió, un milhojas de chocolate que había cambiado las reglas del juego.

«Los nuevos miembros deben tener expectativas realistas sobre nosotros, y sobre ellos mismos —decía su padre—. Hay que andarse con cuidado con los desconocidos que prometen *bouillabaise*».

Con el paso de los años, la combinación de un proceso de selección implacable y una probabilidad elevada de enfermedad mental entre los solicitantes, había generado una correspondencia interesante. La comunidad enviaba una respuesta tipo remilgadamente burocrática a todas las cartas ofensivas. «Gracias por su generosa opinión...». Su padre, sin embargo, se mostraba muy susceptible con respecto a las críticas que recibía la comunidad —se lo tomaba todo como un ataque personal— y, pese a que nunca las enviaba, le gustaba redactar respuestas. La máquina de escribir le permitía liberar al máximo la tensión. «Tuc, tuc». De un modo similar, todo el mundo sabía que su madre estaba enfadada cuando en el granero aparecía un nuevo montón de leña cortada.

La comunidad disponía de un libro de visitas y un libro de odios, que contenía citas selectas de veinte años de esporádicas cartas detestables. Destacaba entre los odios un dibujo del granero en llamas y una extensa lista de anagramas poco halagadores creados a partir de los nombres de los residentes (de los que perduraba solo uno: Patrick Kinwood, «una punta de polla que no funciona»)\*. Ambos libros se exhibían en el recibidor con la intención de dejar claras las expectativas a los visitantes.

Pero cuando Kate entró en la habitación de sus padres, descubrió que esta vez era su madre, completamente vestida, la que estaba sentada a la mesa del rincón escribiendo en la Smith Corona beige. Su pelo oscuro le caía hasta las axilas, separándose en dos por encima de los hombros. Llevaba un jersey de lana del color de

---

\* El anagrama en inglés a partir de «Patrick Kinwood» es «*a no-work dick-tip*». (N. de la T.).

la margarina. Kate la observó mientras trataba de localizar en el teclado una letra, cernía el dedo índice sobre ella y lo dejaba caer. Cuando se percató de la presencia de su hija a sus espaldas, Freya dejó de teclear y descansó las manos sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —dijo Kate, masajeando los hombros tensamente cargados de su madre. Leyó la carta, si es que podía calificarse de eso. Aparecían solo dos palabras «Querido» y «Don».

Kate se volvió hacia su padre, que estaba en la cama, recostado contra el cabezal. Siempre se ponía dos almohadas bajo el pie derecho porque decía que necesitaba «drenarlo». Lucía una tupida barba de náufrago —mal arreglada—, un trofeo del desempleo. Sus hijos no tenían forma de saber si su padre era de barbilla fuerte o fina.

—¿Por qué no te has levantado, papá?

—*Estoy* levantado —dijo, que era lo mismo que Kate decía cuando no se levantaba. Estaba en pijama.

No era excepcional que sus padres se pelearan; *era* excepcional que lo hicieran sin levantar la voz. Aun en el caso de que Kate hubiera dormido de un tirón durante la pelea (lo que no era fácil, teniendo en cuenta el fino tabique que compartían sus dormitorios), cabría esperar que su madre hubiera ido a verla luego para despertarla y contárselo todo. Desde que Kate alcanzara la pubertad, su madre hablaba con ella con total transparencia..., y eso incluía tanto la relación de sus padres («Mamá, ¿puedes, por favor, dejarlo de llamar “relación”? Se supone que estáis casados»), como la comunidad en general. Había sido a través de su madre como Kate se había enterado de que Patrick Kinwood, a quien siempre había tenido por una persona sin blanca y, casi con toda seguridad, un

antiguo vagabundo, había sido director regional de una franquicia de tarjetas de felicitación y, dado que la comunidad funcionaba con un sistema en el que cada uno pagaba lo que podía permitirse, él era quien realizaba la aportación mensual más cuantiosa. Esas revelaciones eran en parte el motivo por el que Kate y Freya eran amigas de verdad. Ser amiga de verdad de su madre solo había empezado a ser motivo de preocupación para Kate a partir del momento en que se dio cuenta de que, en el sur de Gales, madres e hijas paseaban por la ciudad manteniendo una distancia de diez pasos entre ellas.

—¿Qué os ha pasado? —dijo Kate.

—No ha pasado nada —dijo Don, hablándole a la nuca de su esposa.

Freya no se volvió.

—Muy bien, guardaré esto en la caja de recuerdos reprimidos.

Kate se marchó a su habitación para vestirse e ir a clase. Temerosa de que la tildasen de hippie, evitaba los ostensibles clichés de estigma social: vestidos largos, chaquetas de punto, brazaletes..., que, vergonzosamente, tenía a montones. Oyó en el pasillo el roce de alguna cosa arrastrándose por el suelo de madera.

Se había vestido con unos vaqueros estrechos con los que podía montar en bicicleta sin necesidad de pinzas para sujetar los bajos, zapatillas de deporte transpirables de color negro, una camiseta térmica debajo de una camisa de leñador que era caliente, pero que podía abrirse con facilidad gracias a sus botones de presión cuando tocaba encarar subidas, y un anorak amarillo brillante con capucha puntiaguda que le gustaba a su novio, porque decía que servía para engañar a los otros chicos y que pen-

saran que no era atractiva. Abrió la puerta de la habitación y se encontró con una pared, inexpertamente construida a base de cajas de zapatos, maletas y la caja de mimbre de los disfraces.

— Albert, voy tarde.

— Esto no es una salida — dijo la pared.

— Sabes que no me gusta ir, pero tengo que hacerlo.

— Disculpa por las molestias.

— Voy a derribar esto ahora mismo, ¿entendido?

En cuanto empujó la caja de zapatos que ejercía de muro de carga, la estructura se derrumbó hacia el lado del pasillo. Albert retrocedió, en bata todavía, con la mirada solemne del okupa que ve llegar a los constructores. Kate saltó por encima de los escombros y bajó la escalera. Su hermano se encaramó a la barandilla del primer piso y se colgó del pasamano, con los pies suspendidos. Ella se detuvo justo debajo de él, en el último peldaño.

— Si te vas, acabaré conmigo.

— No te morirías. Seguramente ni siquiera te romperías las piernas.

— Daré una voltereta en pleno descenso para caer de cabeza.

Se fijó en que el pie izquierdo lucía aún su fronda de verrugas. Le había prometido que habían desaparecido. Volvió a recordarse para sus adentros: «Se acabaron las duchas compartidas».

Recorrió el pasillo, ignorando a la *woofer* portuguesa sentada en el suelo, llorando, con el teléfono de la casa pegado al oído.

— ¡Tienes que contármelo todo! — gritó Albert cuando su hermana abrió la puerta de entrada—. ¡No es justo que tú sepas cosas que yo no sé!

Al salir, oyó a su hermano gritando que estaba muerto. Su intento más ambicioso de impedir que fuera al instituto había sido una carta mecanografiada, remitida supuestamente por el director, que empezaba:

Querida Kate:

Me pareces una auténtica depresiva.

Comprendía que era duro para su hermano. Ahora que ella no estaba, solo quedaba en la comunidad otro niño con quien compartir las clases: Isaac, que tenía seis años. Había pasado mucho tiempo desde la época en que Kate tenía la edad de su hermano y la comunidad estaba repleta de pequeños prometedores y plurilingües con nombres deslumbrantes. («En pie, Elisalex De Aalwis»). Con el aula con casi una docena de niños de distintas edades, la persona más lista era la encargada de impartir la asignatura, pero con alternativas sencillas. Su formación había alcanzado el momento cumbre con la ahora famosa clase magistral de Arlo sobre la arquitectura italiana del Cinquecento, que incluyó una discusión de alto nivel sobre las villas de Palladio junto con un ambicioso intento de construir *La Rotonda* con Lego. Otras lecciones populares habían sido la introducción de la fuerza centrífuga que Patrick les había impartido, en la que había hecho gala de la confianza depositada en jóvenes e intrépidos voluntarios con monedas en los bolsillos. Pero, desde entonces, el número de niños de la comunidad había ido menguando y, en la actualidad, lo normal era que las lecciones no pasaran de Albert e Isaac sentados a la mesa del comedor completando en silencio cuadernos de deberes.

Como primer menor en prácticamente dos años, la llegada de Isaac había sido muy estimada, puesto que significaba un cambio en la curva de edad de la comunidad. Ese era el principal motivo por el que él y su madre habían sobrevivido a su semana de prueba y habían sido luego entrevistados; nadie confiaba especialmente en ella; su equipaje incluía una bolsa de mano de la granja Yeo Valley con el catálogo de obras completas de una serie panfletaria titulada *El paradigma no cambiará solo*. A Kate le dolía que su hermano no tuviera más amigos, pero no podía detener su vida con el único objetivo de entretenerlo.

Kate se montó en la bicicleta que guardaba en el granero, cuya cesta estaba cargada de antemano con los libros.

\* \* \*

Después de desayunar, Albert e Isaac entraron en el aula y se sentaron, el uno junto al otro y con las piernas cruzadas, en la alfombra Kirman, con un cuaderno en las manos. Albert estaba practicando para conseguir dibujar un círculo perfecto a mano alzada. Isaac mordisqueaba su lápiz como si fuese una mazorca de maíz. El flequillo le cubría la frente hasta la mitad y tenía unas pocas pecas, perfectamente ubicadas. Con su asombroso pelo rubio platino —tanto mejor que estuviera mal cortado— y un rubor de vodevil en sus labios, los adultos solían sumirse en el más absoluto silencio en su presencia.

Patrick se situó delante del televisor para impartir su lección. Vestía un forro polar de color verde que, por primera vez en casi una década, no olía a agua de *bong*. Patrick tenía cincuenta y ocho años, pero parecía mayor, poseía una nariz agradable, amorfa, los ojos acuosos y unas orejas

grandes e incandescentes, que daban la impresión de estar tan calientes que incluso se podrían secar calcetines tendiéndolos sobre ellas. Después de cinco días con la cabeza despejada, se alegraba de tener la oportunidad de compartir su energía intelectual. Hoy por hoy, disfrutar de una lección formal era una rareza y los niños estaban también excitados ante tal perspectiva.

—Muy bien, chicos —dijo Patrick—. ¿Habéis visto alguna vez un anuncio?

—Pues claro que sí —dijo Albert—. No somos idiotas.

—Yo vi uno sobre la gente que trabaja en los aviones —dijo Isaac.

—Y yo vi uno sobre una sopa excelente —dijo Albert.

Patrick levantó las manos, extendiéndolas.

—¿Así que no habéis visto muchos?

Isaac hizo un gesto negativo con la cabeza, con el lápiz atrapado en la boca.

—Bien. Y es por eso por lo que nuestra comunidad es estupenda. De todos modos, lo que es importante tener presente es que los anuncios no son malos en sí mismos, sino que simplemente hay que aprender a gestionarlos. Empezaremos con uno fácil.

Patrick pulsó la tecla «PLAY» del aparato de vídeo. Apareció en pantalla un anuncio de una tienda de muebles de Pontyprid realizado con escasos medios. Se veía una pareja en el establecimiento dejándose caer de espaldas sobre un sofá de tres plazas de cuero blanco, con las piernas pataleando en el aire.

«Toda esta semana, y solo esta semana, todos los productos con un descuento del cincuenta por ciento».

Después se veía que descargaban el sofá de una camioneta, luego se producía un corte y a continuación aparecía la misma pareja acurrucada en el mismo sofá..., pero esta vez en su casa.

«¡Apresúrese, nos hemos puesto blandos con los sofás y las camas!».

Patrick dejó el vídeo en pausa, corrió el bloqueador de anuncios y apagó el sonido de la tele. Albert e Isaac se quedaron mirando fijamente las formas brillantes y los colores que se desplegaban detrás del cuadrado de cortina de ducha.

— Os dejo que reflexionéis — dijo Patrick.

Esperaron en silencio.

— Muy bien, ¿qué pensáis?

Isaac miró a Albert, que dijo:

— Pienso que, en caso de que necesitáramos muebles, sería un buen momento para comprarlos, por lo del descuento.

— Cierto. ¿Y tú qué piensas, Isaac?

— No lo sé. Hablaban fuerte.

— Bien. ¿Por qué hablaban fuerte?

— Para que pudiéramos oírlos.

— Bien. ¿Por qué quieren que los oigamos?

Isaac hizo una mueca y empezó a clavar la punta del lápiz en la suela de su zapato.

— Muy bien, está bien. De acuerdo. Hablemos sobre el lenguaje de ventas. «¡Nos hemos puesto blandos con los sofás y las camas!».

Patrick pronunció la frase con voz de presentador de concurso televisivo y Albert se echó a reír.

— Sí, es divertido — dijo Isaac.

— El anuncio muestra a una pareja sonriente, con dientes blanqueados, pelo brillante, eligiendo el sofá, muy

contentos —Patrick hizo como si cogiera un extremo del sofá y luego sonrió, con los dientes marrones por los bordes—, y nos dice que si compramos ese mueble tan blandito podremos ser como ellos.

—No es más que un ejemplo —dijo Albert—. ¿Cómo podríamos ser como ellos?

—No podemos —dijo Isaac.

—*Eso es* —dijo Patrick, llevándose un dedo a la punta de la nariz y señalando a Isaac con la otra mano—. *Muy bien*. Es una aspiración. La gente piensa que será como ellos si compra el sofá, pero no puede serlo.

—¿Quién piensa eso? —preguntó Albert.

—La gente estúpida —respondió Patrick.

—No te creo. ¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

—¿Y ellos quiénes son? —dijo Albert.

Patrick abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Veamos otro. Este es un poco distinto.

Retiró el Ad-Guard y cogió el mando a distancia con ambas manos. Dejar la hierba había tenido un curioso impacto en su relación con los niños. Había descubierto un deseo de transmitir los conocimientos de su propia vida. *Los conocimientos de su propia vida*. Era un concepto novedoso. Había pasado dos días enteros preparando el vídeo sin estar colocado. Podría haberse dedicado a ayudar a apuntalar de nuevo las vallas, pero su hombro, que se dislocaba al menor estímulo —en el baño, al estirar el brazo para coger el champú de contrabando, por ejemplo—, lo mantenía sin salir de casa. Había grabado horas de anuncios e intentado ignorar el remoto «dop-dop-dop» del machacador de postes. Habían transcurrido veinte años desde que Don y él se sentaran con un

mapa de su granja de veinte hectáreas para dividirla con bolígrafo. Habían cargado toneladas de piedra de sillería en la estrecha parte trasera de su camioneta Bedford para acarrearla por los campos. Poco a poco, descamisados, habían cavado zanjas, amontonado piedras, como un Tetris, sin apenas cruzarse palabra, excepto en el idioma puro del trabajo manual, para regresar cada día a casa bronceados y ennoblecidos..., aunque la verdad era que todos los demás los consideraban unos pesados por su táctica del «cansancio aporta honor», como si pudieran regresar a la casa grande después de una jornada completa de *trabajo de verdad* y dejarse caer, sí, como piedras, a la espera de recibir a cambio admiración y la exoneración del aseo.

Pulsó de nuevo el «PLAY». La pantalla se quedó en negro y a continuación apareció la identificación de Channel 4.

—Allá vamos.

Era un anuncio de coches largo —treinta segundos—, cuya banda sonora consistía en un complejo tema de música electrónica. Se veía a un hombre conduciendo un coche plateado que se desintegraba en átomos, que se regeneraba luego en forma de trineo guiado por el mismo hombre, que volvía a desintegrarse y a regenerarse como un leopardo de las nieves que ascendía una pendiente increíblemente escarpada; el hombre —un destello en el ojo del animal— volvía entonces a desintegrarse y a regenerarse en forma de dos bailarines; el hombre y una mujer con la belleza típica de la Europa del Este giraban como una peonza sobre un lago, ejecutando una complicada pirueta, antes de regresar al coche con un fondo de paisaje nórdico; el hombre al volante, pero, ahora, la bailarina ocupaba el asiento del acompañante, sacudiendo

la nieve del hombro de él con una sonrisa. El coche se llamaba Avail.\*

Patrick dejó el vídeo en pausa. No se había dado cuenta, pero tanto Isaac como Albert se habían levantado.

— El muy cabrón — dijo Albert.

— Genial — dijo Isaac.

Se abrazaron.

— Lo que debéis recordar es que todos los anuncios quieren que penséis en alguna cosa. ¿En qué cosa quiere que penséis este?

— En que el coche es un coche fabuloso — dijo Albert.

— Vaya coche — dijo Isaac, enlazando a Albert por la cintura.

— ¿Veis lo que ha provocado en vosotros?

Don observaba desde el umbral de la puerta. Llevaba las mangas del jersey arremangadas. Tenía la frente y las mejillas manchadas con pegotes de barro. Se le había enganchado incluso una ramita en la barba, lo que a Patrick le pareció un poco excesivo.

— ¿Qué sucede, Pat? — dijo Don, forzando la vista para captar la imagen congelada en la pantalla.

— Asignatura de medios de comunicación.

— Es asombroso, papá — dijo Albert. Echó a correr hacia su padre y se estampó con un cabezazo suave contra su estómago.

— Muy bien — dijo Don, apretujándole el hombro a su hijo —, ¿y qué estáis aprendiendo?

En 2002, Don había inventado el Ad-Guard cuando descubrió que Kate había aprendido a bailar al son de un anuncio de yogures. Pat recordaba perfectamente el dis-

---

\* Que podría traducirse como útil, ventajoso, que te ayuda en todas las circunstancias. (*N. de la T.*)

curso de Don en la reunión que tuvieron aquella noche, cuando dijo que calculaba que era capaz de silbar la melodía de casi doscientos anuncios, y cantó («Todos somos un fruto y su cascarón, te pone en marcha cuando lanzas el *cabrer...*»),\* así como de recitar eslóganes con la más perfecta entonación («Parece y *sabe* tan bueno como la carne fresca»), y luego dijo: «¿No sería mejor que nuestros hijos recordaran las palabras de poemas, canciones o relatos?». «Ahora el cerezo, el árbol más hermoso / cuelga sus flores en las ramas / y junto al paseo del bosque / se viste de blanco por Pascua».\*\* Era en los tiempos en que sus discursos eran realmente influyentes. Declaró que no pretendía sugerir con aquello que tuvieran que deshacerse por completo de la tele y —para cerrar el trato— mostró su Ad-Guard, listo y preparado para ser instalado, que había confeccionado a partir de un retal cuadrado de cortina de ducha, unido a una barra, lo suficiente translúcido como para saber cuándo había terminado el anuncio, pero lo bastante neblinoso como para ocultar su contenido.

—He pensado que estaría bien enseñarles a entender la publicidad —dijo Patrick al ver que Don entrecerraba los ojos—, qué intenta conseguir..., y, de este modo, eliminar el poder que ejerce.

Ambos sabían que Don, pese a la suciedad de sus antebrazos y la arenilla pegada a su zona T, era quien mandaba allí.

---

\* Es la letra de un anuncio televisivo de 1975 de las barritas Cadbury de fruta y cereales que utilizaba como banda sonora *El cascanueces*, de Chaikovsky. El lanzamiento del *cabrer*, o tronco, es un evento atlético tradicional escocés que consiste en el lanzamiento de un tronco enorme, parecido a un poste telefónico. (*N. de la T.*)

\*\* De un poema muy popular de Alfred Edward Housman (1859-1936), poeta clásico inglés cuya obra se ambienta en la campiña. (*N. de la T.*)

—*Todas* nuestras experiencias, sean cuales sean y por mucho que intentemos mediar sobre ellas, nos afectan —dijo Don, posando la mano sobre la cabeza de Albert—, y sobre todo en el caso de mentes jóvenes, de un modo que somos *incapaces* de comprender.

Isaac observaba, mirando al uno y al otro mientras conversaban.

—Pero llegará algún día en que tendrán que enfrentarse a la publicidad —dijo Patrick—. Deberían saber cómo gestionarla.

—Precisamente, Pat, es un supuesto que no estoy dispuesto a asumir. Todo lo que vemos es por propia elección.

Una vena emergió en la superficie del cuello de Patrick. En la cinta había seis anuncios más. Había planificado la clase para que, al final, hubiera un par de cortes graciosos para animar la cosa: uno en el que aparecía un perezoso que hablaba y otro sobre un ejército de bacterias bailarinas.

\* \* \*

La clase que Kate tenía a primera hora era la de Historia. Leanne —se dirigían a los tutores por su nombre de pila— era una señora voluminosa que recogía su pelo gris en una lustrosa trenza y llevaba siempre broches de forma trapezoidal o romboidal elaborados por artesanos locales. Su estilo de enseñanza consistía en hablar durante toda la hora, con el acuerdo implícito de que los alumnos eran libres de conectar o desconectar a voluntad. Hoy estaba hablando sobre el intento fallido de Von Stauffenberg de asesinar a Hitler. Cuando mencionó un maletín que con-